

SAN ISIDORO DE SEVILLA, OBISPO, SOBRE EL NACIMIENTO Y MUERTE DE LOS PADRES QUE SON ALABADOS EN LAS ESCRITURAS. (C,S)

152 Prefacio.

1. En este pequeño libro se incluyen los nacimientos y hechos de algunos santos padres y hombres muy nobles, junto con sus genealogías; también se señala con brevedad sentencial su dignidad, muerte y sepultura. Aunque estas cosas son conocidas por todos los que recorren la amplitud de las Escrituras, sin embargo, se recuerdan más fácilmente cuando se leen en un discurso breve.

DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

I. Adán.

II. Abel.

III. Enoc.

IV. Noé.

V. Melquisedec.

VI. Abraham.

VII. Isaac.

VIII. Jacob.

IX. Lot.

X. José.

XI. Judá.

XII. Rubén.

XIII. Simeón.

XIV. Leví.

XV. Zabulón.

XVI. Isacar.

XVII. Dan.

XVIII. Gad.

XIX. Aser.

XX. Neftalí.

XXI. Benjamín.

XXII. Efraín.
XXIII. 153 Manasés.
XXIV. Job.
XXV. Moisés.
XXVI. Aarón.
XXVII. Josué.
XXVIII. Finees.
XXIX. Gedeón.
XXX. Jefté.
XXXI. Sansón.
XXXII. Samuel.
XXXIII. David.
XXXIV. Salomón.
XXXV. Elías.
XXXVI. Eliseo.
XXXVII. Isaías.
XXXVIII. Jeremías.
XXXIX. Ezequiel.
XL. Daniel.
XLI. Oseas.
XLII. Joel.
XLIII. Amós.
XLIV. Abdías.
XLV. Jonás.
XLVI. Miqueas.
XLVII. Nahúm.
XLVIII. Habacuc.

XLIX. Sofonías.

L. Ageo.

LI. Zacarías.

LII. Malaquías.

LIII. Natán.

LIV. Ahías.

LV. Addo.

LVI. Azarías.

LVII. Zacarías.

LVIII. Tobías.

LIX. Tres jóvenes.

LX. Esdras.

LXI. Zorobabel.

LXII. Ester.

LXIII. Judit.

LXIV. Macabeos.

CAPÍTULO PRIMERO.

2. Adán, el primer hombre y colono del paraíso, príncipe del género humano y del pecado, hecho a imagen de Dios, fue puesto al frente del universo, quien dio nombres a las criaturas y recibió de ellas el poder de dominarlas.

3. Establecido en las delicias del floreciente paraíso, entre los fragantes bosques de aromas y los campos siempre floridos, habitante del campo, disfrutaba de las alegrías de una nueva vida: donde la tierra fértil verdea en una perpetua primavera, donde una fuente fluye en un río de cuatro brazos.

4. Pero después de que, por el engaño de la serpiente, también contaminado por la lengua femenina, profanó la bienaventuranza del lugar al tocar el árbol, fue expulsado del paraíso y, gimiendo, habitó la tierra cubierta de espinas como trabajador. Y habiendo perdido la inmortalidad, regresó al polvo, de donde había tomado origen su carne, después de un curso de novecientos treinta años. Desde entonces, la posteridad, por el crimen de este padre, se lamentó de haberse convertido en exiliada del paraíso y sometida al trabajo y la muerte.

5. Fue sepultado en el lugar de Arbee, que tomó su nombre del número, es decir, cuatro; pues allí están sepultados tres patriarcas, y él es el cuarto, Adán. Este lugar no está lejos de Hebrón, la metrópoli de los filisteos, donde se dice que una vez fue la morada de los gigantes,

donde también David fue ungido después como rey. Es una ciudad de la tribu de Judá, separada para los sacerdotes, situada a veintidós millas al sur de Jerusalén.

CAPÍTULO II.

6. Abel, hijo de Adán y pastor de ovejas, inocente en vida, paciente en muerte, no calla después de muerto, primero en martirio, supremo en obediencia, agradable a Dios en sacrificios, desagradable a su hermano en méritos; a quien Caín, impío y nuevo parricida, impulsado por la envidia, derribó con hierro aún no manchado de sangre, cuando el hierro inocente aún no conocía el crimen de la sangre humana.

CAPÍTULO III.

7. Enoc, hijo de Jared, séptimo desde Adán, agradable a Dios, ignorante del mal, desconocedor de la muerte, quien, no soportando las angustias de los hombres malvados, fue apartado de los perniciosos contactos del mundo, mereció ser trasladado vivo al lugar de donde el primer hombre había sido expulsado. Fue arrebatado a la edad de trescientos sesenta y cinco años. Permanece hasta ahora en el cuerpo; en la consumación del mundo, junto con Elías, restituirá la condición mortal de la vida.

155 CAPÍTULO IV.

8. Noé, hijo de Lamec, décimo desde Adán, segundo padre del mundo y restaurador, insigne en justicia, paciente en esperanza, sabio en obra, único justo en la tierra. Este, ordenado a construir el arca, advertido, entró en ella, y no temió las turbulentas olas del diluvio, ni se espantó de los fragores de los vientos o los murmullos del cielo, y fue llevado por las tormentas sin hundirse, acompañado de serpientes y bestias sin asustarse; a quien las fieras someten sus cuellos, las aves le sirven.

9. Pues envió un ave, esperó su regreso, pero fue engañado por la traición del cuervo, y fue instruido por el ministerio de la paloma que llevaba en su pico una rama del árbol pacífico. Y abriendo las puertas del arca, permitiendo que las bestias y todos los animales se fueran durante siete días, él mismo salió después con sus hijos, alabó a Dios y alegre ofreció sacrificios. Los antiguos testifican que su arca reposó en Armenia sobre los montes de Ararat. Murió en el año novecientos cincuenta.

CAPÍTULO V.

10. Melquisedec, rey de Salem, primer sacerdote del Dios altísimo y verdadero oferente de sacrificios, cuyo origen es secreto. Los hebreos dicen que es Sem, primogénito de Noé, tatarabuelo de Abraham. Él es el padre de los padres, origen de los profetas y apóstoles, él es quien, por la bendición de la piedad paterna, mereció ser señor de su hermano. Y caminando con los pies vueltos, cubrió las partes genitales de su padre, y no se burló de él borracho, como el hijo procaz y reprobado, sino que lo cubrió, como el pudoroso.

11. De ahí que, en la ley de los judíos, los padres nunca sean vistos desnudos por sus hijos. Este bendijo a Abraham al regresar de la victoria, y en el tipo del verdadero sacrificio, de los frutos de la tierra, primero ofreció pan y vino a Dios, porque el sacerdocio y el reino verdaderamente se debían a los primogénitos, antes de que Aarón ejerciera el sacerdocio.

12. Este también fue el primero de todos después del diluvio en fundar la ciudad de Salem, en la que también reinó, que después fue llamada Jebús o Solima, y ahora, derivado el nombre,

se llama Jerusalén; vivió seiscientos años, y perduró hasta el año setenta de la edad de Isaac, y murió y fue sepultado en su ciudad, Jerusalén.

CAPÍTULO VI.

13. Abraham, padre de las naciones, hijo de Taré, de la estirpe de Sem, de nación caldeo, primero en fe, exiliado voluntario, obediente en los preceptos, crédulo en las promesas, pobre en su patria, rico en la peregrinación, victorioso en las batallas, no avaro en la victoria. Venció a cinco reyes y los despojó de sus botines, y rescató a su pariente cautivo.

14. Tan elevado que vio la Trinidad en tipo, y veneró la unidad en misterio; tan fiel que creyó a Dios en la promesa de una descendencia contra la esperanza de la naturaleza: tan justo y devoto que no antepuso la indulgencia de su único hijo a la divinidad; sino que, obedeciendo sin vacilar al que mandaba, como religioso parricida, armó su mano derecha con la espada para inmolar a su hijo.

15. Quien, al desenvainar la espada, dispuesto a ofrecer a su único hijo en sacrificio, no perdió al hijo ni al sacrificio. Pues ofreció al hijo en sacrificio, y sacrificó un carnero en lugar del hijo. Vivió ciento setenta y cinco años, y fue sepultado en el campo de Efrón, en la cueva doble, en cuya parte interior se dice que está sepultado Adán, y en la exterior Abraham. Este lugar, como enseña Josefo, está a siete estadios de la ciudad de Hebrón, y allí afirma que Abraham y sus hijos tienen un sepulcro adornado con mármol bellissimo.

16. Allí también, y un gran terebinto, un árbol desde la constitución del mundo, se asegura que existió. San Jerónimo escribe que perduró hasta el imperio de Constantino, pues es la encina de Mambré el amorreo, que fue amigo de Abraham, la cual entre los gentiles fue tan venerada que la rodearon con un muro y la adoraron con solemne veneración.

CAPÍTULO VII.

17. Isaac, hijo de Abraham, nacido por promesa en la tierra de Canaán, llamado semilla eterna, famoso por la castidad de su vida conyugal, dispuesto a la gracia, preparado para perdonar, quien no expulsó a los que lo excluían con armas, sino que los venció con paciencia; quien recibió con bondad a los penitentes, quien por amor a Dios llevó el honor al padre hasta el punto de acercarse voluntariamente al altar para ser sacrificado, y no rehusó la muerte en figura de Cristo. Murió a los ciento ochenta años, y fue sepultado junto a su padre.

CAPÍTULO VIII.

18. Jacob, hijo de Isaac, nacido en la tierra de Canaán, amado por su madre, suplantador de su hermano, humilde también, y habitante de una casa sencilla e inocente. Pero después de que arrebató la bendición del primogénito, obedeció a su madre, y pacientemente cedió a la ira fraterna, dejando su patria y parientes, se convirtió en exiliado y soportó una larga servidumbre, sufrió el trabajo del hambre y el frío, sirvió a su suegro, como pastor asalariado cuidó el rebaño, esperando no de la división sino del lucro del rebaño su salario; quien, partiendo al extranjero, mientras carecía de la compañía de los hombres, mereció la compañía de los ángeles.

19. Este luchó con el Señor y prevaleció, este vio a Dios cara a cara; este, impulsado por la escasez de alimentos, entró en Egipto con su ilustre progenie. Habiendo vivido ciento cuarenta y siete años, pagó la deuda a la naturaleza, y fue sepultado con sus padres.

158 CAPÍTULO IX.

20. Lot, hijo de Aram, pariente de Abraham, padre de Moab y Amón, nacido entre los caldeos, hombre justo, hospitalario, que vivió piadosa y castamente entre la nefanda gente de Sodoma, quien por el solo oficio de la hospitalidad también se convirtió en receptor de ángeles. Y escapó del sulfuroso exterminio y del incendio de los sodomitas, y permaneció después en la ciudad de Segor, que está junto al mar Muerto, donde se produce bálsamo y abundantes frutos de palmeras.

CAPÍTULO X.

21. José, príncipe de Egipto, hijo de Jacob de Raquel, nacido en la tierra de Canaán, bendecido como primogénito de Israel, y recibiendo el primado de Rubén, amado por su padre, y único heredero de la posesión paterna.

22. Este, llevado por el celo de sus hermanos, es arrojado a un pozo, vendido por envidia, hecho humilde hasta la servidumbre, paciente hasta la cárcel, casto hasta la pasión, se convierte en sabio en la interpretación, prudente en el consejo del futuro, partícipe en el reino, providente organizador en la fecundidad, justo dispensador en el hambre, dispuesto a devolver bien por mal con gracia de retribución, pues no devolvió la injuria a sus hermanos, sino que, eliminada el hambre, les proporcionó el sustento necesario.

23. Gobernó en Egipto ochenta años. Y habiendo vivido ciento diez años, cerró su último día con la gracia de un largo descanso. Fue sepultado en Egipto, cuyos huesos trasladaron los hijos de Israel a la ciudad de Siquem de su padre Jacob, que ahora tanto los latinos como los griegos llaman Siquem. Es la que ahora se llama Neápolis, ciudad de los samaritanos, donde su sepulcro se ve hasta el día de hoy.

159 CAPÍTULO XI.

24. Judá, de la insigne prosapia de la sucesión real, a quien se le confía el liderazgo de las guerras y el reino de Israel, quien dio su nombre a la nación, poderoso como un león en la virtud del reino, y claro en el esplendor del poder. La posteridad de su imperio no cesó hasta que Cristo, como cachorro de león, nacido de su linaje, ascendió, y la esperanza de las naciones, procedente del vientre virginal, resplandeció maravillosamente.

CAPÍTULO XII.

25. Rubén, primogénito de Israel, mayor en edad que sus hermanos, pero menor en número de posteridad, contaminó el lecho paterno y perdió el orden de la dignidad del primogénito.

CAPÍTULO XIII.

26. Simeón, príncipe de los escribas y vengador de la violada castidad, sin herencia, pero permaneciendo en la tribu de Judá, partícipe en la posesión.

CAPÍTULO XIV.

27. Leví, autor del origen sacerdotal, unido a la tribu de Judá por mezcla de linaje, pero dividido en todo Israel, careciendo de la cuerda de su propia suerte, y habitando en todas las suertes de sus hermanos.

CAPÍTULO XV.

28. Zabulón, poseedor del gran mar y de las costas, y dominando en todas las ciudades de los fenicios y sidonios.

160 CAPÍTULO XVI

29. Isacar, estudioso en los trabajos de la tierra, poseyendo Galilea, y ofreciendo de los frutos de su bendición dones a los reyes.

CAPÍTULO XVII.

30. Dan, de cuyo linaje es Sansón, sostiene el cetro de Israel, fuerte nazareo y triunfador sobre los enemigos, acechando como serpiente los caminos de los filisteos, y devastando su caballería como un leoncillo con el aliento de su boca.

CAPÍTULO XVIII.

31. Gad, expedito en la preparación para la batalla, lucha contra los enemigos y las naciones por los hermanos dejados al otro lado del Jordán, y con brazo fuerte triunfa victorioso.

CAPÍTULO XIX.

32. Aser, insigne en riquezas, llenando de delicias a los príncipes.

CAPÍTULO XX.

33. Neftalí, muy fértil en la riqueza de la tierra, y abundante en la doctrina de la ley.

CAPÍTULO XXI.

34. Benjamín, el último en nacer entre los hermanos, primero en el poder, cuyo nacimiento causó la muerte de su madre. Es un lobo voraz y sanguinario, que sobre la base de su suerte derramó por la mañana la sangre de la víctima, y al atardecer divide las presas entre los príncipes y sacerdotes.

CAPÍTULO XXII.

35. Efraín, semilla de José y hijo adoptivo de Israel, y dejado en el testamento en el número de los patriarcas para la bendición; menor en edad que su hermano, pero preferido con mayor gracia de bendición, más fuerte en todas las tribus, e invicto dominador entre los hermanos. Recibió parte de la tribu de los levitas.

CAPÍTULO XXIII.

36. Manasés, extendido en miles, junto con su padre José, mística y simbólicamente poseyó la tribu. Estos son los padres de los apóstoles y príncipes del pueblo de los judíos, tribus de Jacob, y la ilustre progenie de Israel. A quienes el padre, al morir, dejó la gracia de la santificación en lugar de la abundancia de riquezas. Y quienes, reinando José en Egipto, reinaron, y allí también, después de un largo descanso de vida, murieron y fueron sepultados.

CAPÍTULO XXIV

37. Job, hijo de Zera de Bosra, rey de los idumeos, cuarto después de Esaú, sucesor de Balac hijo de Beor, hombre gentil, famoso por su fe, supremo en humildad, destacado en hospitalidad, manso en disciplina, generoso en limosnas, rico en bienes, de repente hecho pobre, opulento en hijos, de repente despojado: es entregado a la tentación, pero contra la tentación se arma con la coraza de la fe, glorioso en la lucha, ecuánime en el dolor, soportó las pérdidas de sus bienes, lloró la muerte de sus hijos, aceptó pacientemente las heridas de su cuerpo, y en medio de los sufrimientos siempre glorificó a Dios, soportó sabiamente a su esposa que le aconsejaba mal; superó con razón las palabras de sus amigos; por lo cual, y por tanta virtud de paciencia, es elevado al final con doble recompensa, recibiendo después de la caída de sus bienes una multiplicada claridad de dones.

38. Después de la noche de tristeza, engendró el día; después de los olores fétidos de las úlceras, produjo la fragancia de la casia, después de la abyección, mereció la unción del cuerno del reino, y tomó la flauta en el acento de alabanza. Vivió después de la plaga ciento cuarenta años, y todos los días de su vida fueron doscientos cuarenta y ocho años, y murió 162 y fue sepultado en su región. Los hebreos afirman que no era del linaje de Esaú, sino que descendía de la estirpe de Nacor, hermano de Abraham, y que vivió en tiempos de los patriarcas. Pues Nacor engendró a Hus, de cuya estirpe se cree que nació, según se indica en el inicio de su libro: Había un hombre en la tierra de Hus llamado Job.

CAPÍTULO XXV.

39. Moisés, hijo de Amram de la tribu de Leví, líder y profeta de Israel, adoptado por la hija del rey, amigo de Dios, señor de Faraón, es llamado por voces angélicas en la zarza ardiente y no consumida, a quien Dios, para fortalecerlo con ejemplo, ordenó que su mano introducida muriera, y al retirarla le devolvió el vigor y el movimiento, y el calor de su color; cuyo rostro se ilumina con la esperanza de la futura gloria, humilde, como dice un sabio, al rechazar el ministerio, sumiso al aceptarlo, fiel al conservarlo, vigilante al buscarlo, vigilante al gobernar al pueblo, vehemente al corregir, ardiente al amar, paciente al soportar, quien se interpuso ante Dios por los súbditos al aconsejar, se opuso al enojarse.

40. Este, por la libertad del pueblo, expuso su propia salvación, no temió las amenazas ni las armas del rey más cruel. Incluso levantó su vara contra sus dragones, y por la mano de Dios golpeó el imperio de los opresores de Israel con diez plagas. Primero convirtió en sangre las fuentes y los ríos, luego llenó las ciudades con multitud de ranas, nubes de moscas cubrieron el aire, devastó con langostas todo lo verde, trajo la muerte a los animales, hirió a los hombres con úlceras, devastó la tierra con granizo, cubrió el cielo con tinieblas, y con gran terror mató a sus primogénitos.

41. Después de esto, despojó a los egipcios, y abriendo el camino a los pueblos en el desierto, con una columna de fuego precediéndolos. Sin demora, cruzó el mar, y refrenando de un lado y otro los montones de agua, proporcionó al pueblo que avanzaba un camino con paso seco. Luego cubrió a los enemigos con las olas, y convirtió las aguas amargas en dulzura al tocar un árbol. Incluso entre estas cosas, proporcionó alimento celestial al hambriento Israel, y llenó los lugares del campamento con alimentos de aves.

163 42. Golpeó además la roca, y de inmediato, de la dura cresta de las piedras, manaron abundantes corrientes. También subió a la cima del monte Sinaí, para contemplar el rostro del Señor, allí soportó un ayuno de cuarenta días; descendiendo, quemó el becerro, derribó a los sacrílegos con la espada, entregó al pueblo la ley recibida de Dios, e instituyó el rito de la religión.

43. Entre estas cosas también libró batallas, brilló en victorias, sosteniendo la vara en su mano; venció a los enemigos que no tocó: sanó las mordeduras letales de las serpientes con la vista de la serpiente de bronce. Datan y Abirón, al romperse las uniones de la tierra, los arrojó vivos al profundo abismo. Finalmente, subió al monte Nebo, y con el Señor mostrándole, contempló la tierra prometida. Y murió, por mandato del Señor, en el monte Abarim; y fue sepultado por el Señor en el valle de Moab, que está en Arabia.

44. Gobernó al pueblo de Dios en el desierto durante cuarenta años, y murió a los ciento veinte años. Algunos, sin embargo, testifican que vive, porque no se encuentra su sepulcro. Y porque apareció al Señor en el monte Tabor con Elías, y la sagrada Escritura testifica con certeza que no fue arrebatado, sino que murió.

CAPÍTULO XXVI.

45. Aarón, hermano de Moisés, y compañero insigne de milagros, y primer sacerdote del Señor en la Ley, cuya vara, elegida por sorteo, floreció con hojas y brotes. Quien, llevando el incensario en su mano derecha, se interpuso ante la llama furiosa, y estando entre vivos y muertos, con la interposición de su cuerpo no permitió que el fuego pasara al grupo de los vivos. Este, por la ofrenda de las víctimas y el sacrificio de sangre, expresó la futura pasión de Cristo: este transmitió el derecho y el principado del sacerdocio por el orden de su linaje y sucesión.

46. En el año cuarenta de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, cuando tenía ciento veintitrés años, murió según el mandato del Señor en el monte Hor, que está junto a Petra, la insigne ciudad de Arabia. Allí también yace sepultada su hermana María, donde también hasta ahora se muestra la roca, que al ser golpeada, Moisés proporcionó agua al pueblo sediento. Este lugar está en los confines de los idumeos.

CAPÍTULO XXVII.

164 47. Josué, hijo de Nun, nacido en Egipto de la tribu de Efraín, discípulo de Moisés y sucesor en el poder, vencedor de nuevas batallas. Él, para asegurar la victoria, ordenó al sol detenerse en el cielo. También hizo que el curso del Jordán se detuviera a su paso. Derribó los muros inexpugnables de Jericó con el sonido de las trompetas.

48. Destruyó los reinos de los cananeos, exterminó a los reyes, y condujo al pueblo de Dios a la tierra prometida, distribuyéndola por sorteo. Gobernó Israel durante veintisiete años. Falleció a los ciento diez años y fue sepultado en su ciudad de Tamnathsare, situada en el lado del monte Gaas, hacia el norte, donde hasta hoy se muestra su notable monumento. Está en la tribu de Dan.

CAPÍTULO XXVIII.

49. Finees, sacerdote, hijo de Eleazar, sacerdote, hijo de Aarón, actuando con celo por el Señor, mató con una lanza a Zambri, quien estaba cometiendo un acto impúdico con una prostituta madianita, y mereció las perpetuas insignias del sacerdocio y la recompensa de las ofrendas en las generaciones de Israel, porque, encendido por el amor divino, aplacó la ira del Señor al herir.

CAPÍTULO XXIX.

50. Gedeón, hijo de Joás, de la tribu de Manasés, nacido en la soledad, fue libertador del pueblo y padre de muchos hijos, fuerte de mano, valiente en consejo, explorando con señales los documentos de la futura victoria, y el poder de Dios en el vellón. Con trescientos hombres que lamían el agua con la lengua, sin armas en la mano derecha, sino trompetas, y sin escudo en la izquierda, sino cántaros, aterrorizó al enemigo y triunfó valientemente sobre Amalec. Juzgó a Israel durante cuarenta años, murió anciano y fue sepultado en la tumba de su padre Joás en Efra de la familia de Ezri.

CAPÍTULO XXX.

165

51. Jefté, galaadita, feliz en las batallas, fiel en las promesas, superando el afecto de piedad con la tolerancia de su mente. Había prometido a Dios que sacrificaría lo primero que le saliera al encuentro al regresar victorioso. Al volver de los enemigos, triunfador de los amonitas, para no mancharse con la mancha del perjurio, cumplió su promesa y sacrificó a su hija, quien salió a recibir al vencedor. Juzgó a Israel durante seis años, murió y fue sepultado en la ciudad de Galaad, que está en la mitad de la tribu de Manasés.

CAPÍTULO XXXI.

52. Sansón, hijo de la promesa, nacido de Manué de la tribu de Dan, llamado nazareo, libertador de Israel y el más fuerte de todos. Mató a un león rugiente y sacó miel de su boca muerta, también levantó sobre sus hombros las puertas de la ciudad y las colocó en la cima de un monte. Ató fuego a las colas de los zorros y quemó toda la región de los filisteos. Aun atado, rompió las cuerdas y con una quijada de asno mató a mil hombres. Rompió las ligaduras tejidas con nervios como si fueran hilos de lana.

53. Después, engañado por la avaricia de una mujer seductora, perdió la fuerza de su poder al cortarle el cabello: sin demora, le sacaron los ojos, y al sacudir las columnas del templo, murió aplastado junto con sus enemigos. Juzgó a Israel durante veinte años y fue sepultado en la tumba de su padre en la ciudad de Estaol, que está en la tribu de Judá, a diez millas de Eleuterópolis, hacia el norte, junto al camino que lleva a Nicópolis.

CAPÍTULO XXXII.

54. Samuel, profeta, hijo de Elcana, de Ramata, de la tribu de Efraín, contado entre Moisés en los sacerdotes de Dios, consagrado al Señor desde la cuna, diligente en el ministerio, príncipe entre la gente, profeta en el templo, a cuya palabra obedecieron los cielos, las nubes acudieron y las lluvias se derramaron.

55. Triunfador de los enemigos, colocó la piedra de Ayuda; fue el primero en ungir a un príncipe en el reino. Fue sepultado en su aldea Ramata, que está en Belén; sus huesos fueron trasladados por el emperador Arcadio de Judea a Tracia, y sobre su tumba se erigió un altar de Cristo.

CAPÍTULO XXXIII.

56. David, rey y profeta, nacido de la tribu de Judá, hijo de Jesé, nacido en Belén, pastor de ovejas en su juventud, menor en edad entre sus hermanos, pero superior en virtud, llamado por el Señor al reino, ungido como rey por el profeta, joven guerrero, singular en combate,

glorioso en triunfo, veterano en victorias, paciente en adversidades, prudente en peligros, doliente por su propio pecado, lloroso en el funeral ajeno, inclinado al arrepentimiento, rápido para el perdón, manso en la reprensión, fácil para la misericordia.

57. Quien, pudiendo, no solo perdonó al rey enemigo cuando fue entregado, sino que también vengó su muerte. Mató a un león y un oso sin espada, expulsó al espíritu inmundo con la dulzura de su arpa, venció al gigante. En el año cuarenta de su reinado y setenta de su vida, completó su último día de vida, y fue sepultado en su ciudad de Belén, también llamada Efrata, donde también nació nuestro Señor Jesucristo según la carne.

58. Allí también murió Raquel al dar a luz a Benjamín. Allí se muestra la tumba de Jesé, padre de David. Este lugar está en la tribu de Judá, a seis millas de Jerusalén hacia el sur, en el camino que lleva a Hebrón.

CAPÍTULO XXXIV.

59. Salomón, hijo de David, nacido de Betsabé en Jerusalén, llamado el más sabio de todos antes de nacer, y dedicador del templo del Señor: feliz en el imperio, inferior a los méritos paternos, amado por Dios, sabio en juicio, justo en sentencia, pacífico en el reino. Pidió sabiduría y la obtuvo, para conocer la disposición del mundo y las virtudes de los elementos, las naturalezas de los animales y los pensamientos de los hombres.

60. También compuso costumbres, descubrió las naturalezas de las cosas, reveló los sacramentos de Cristo y de la Iglesia. Sus principios fueron buenos, pero sus últimos días malos. Pues, después de la gloria de muchas virtudes, corrompido por el amor femenino, perdió la sabiduría recibida y se hundió en la ruina lamentable de la idolatría. Reinó cuarenta años, vivió cincuenta y dos. Luego puso fin a su imperio y vida, y fue sepultado en la ciudad de su padre Belén.

CAPÍTULO XXXV.

61. Elías, el tesbita, gran sacerdote y profeta, habitante de la soledad, lleno de fe, supremo en devoción, fuerte en trabajos, hábil en industria, dotado de excelente ingenio, estructurado en la disciplina de la práctica, asiduo en la santa meditación, intrépido ante el miedo a la muerte, azotó a los tiranos, mató a los sacrílegos, y brilló con muchos signos de virtudes. Cerró el cielo con sequía de tres años. Oró de nuevo, y el cielo dio lluvias, resucitó al hijo muerto de una mujer.

62. Por su virtud, la tinaja de harina no se agotó, el vaso de aceite fluyó con una fuente perpetua. Por su palabra, el fuego descendió del cielo sobre el sacrificio. Quemó con fuego celestial a dos capitanes con sus cincuenta hombres. Al cruzar el Jordán, lo dividió con el toque de su manto. Luego fue arrebatado al cielo en un carro de fuego, y según el profeta Malaquías, vendrá al final del mundo, precediendo a Cristo, anunciando su último advenimiento con grandes virtudes y prodigios de señales: de modo que incluso en la tierra, el Anticristo hará guerra contra él, o contra quien venga con él, y los matará, y sus cadáveres yacerán insepultos en las plazas.

63. Luego, resucitados por el Señor, golpearán con gran plaga el reino del Anticristo. Después de esto, vendrá el Señor y matará al Anticristo con la espada de su boca, y a los que lo adoraron. Y el Señor reinará con todos sus santos en gloria eterna.

64. Además, Elías, el tesbita, de la tierra de los árabes, de la tribu de Aarón, cuando estaba en el vientre de su madre Galaath, su padre Sobac tuvo un sueño en el que hombres con vestiduras blancas saludaban al recién nacido Elías, lo envolvían en vestiduras de fuego y le daban fuego como alimento para nutrirlo. Este sueño su padre lo comunicó a los profetas en Jerusalén, y recibió de ellos esta respuesta: No temas, dijeron, porque su nación será luz, y su palabra será firme en sus sentencias. Juzgará a Israel con espada y fuego.

CAPÍTULO XXXVI.

65. Eliseo, discípulo de Elías, del pueblo de Abel Meula, de la tribu de Rubén, en cuyo nacimiento una becerra de oro mugió en Galgala, y su voz resonó en Jerusalén. Entonces un profeta presagió: Hoy ha nacido en Israel un profeta que destruirá todos sus ídolos.

66. Glorificado con el doble espíritu de Elías, brilló con muchos y grandes signos de virtudes. Dividió el Jordán a su paso, deteniendo las aguas, las aguas estériles de Jericó, al sumergir un vaso, las llevó a la fecundidad; entregó a los niños que se burlaban de él a las bestias para que los devoraran; hizo que las aguas rojas fluyeran para la muerte de los enemigos: entre estas cosas, fecundó con su palabra una concepción estéril, y resucitó al hijo muerto de ella; endulzó la amargura de los alimentos, finalmente, con diez panes alimentó a la multitud y recogió las sobras.

67. Y purificó a Naamán de las manchas de la lepra con el baño del Jordán; también maldijo con lepra a su discípulo; hizo flotar el hierro de un hacha sumergido en el Jordán al lanzar un palo al agua. Golpeó a los enemigos de Siria con ceguera, predijo la muerte al incrédulo, ahuyentó al enemigo con el estruendo de carros, dispersó el asedio, repelió el hambre.

68. Finalmente, después de su muerte, dio vida a un cadáver inanimado. Su tumba se muestra hasta hoy en la ciudad de Sebastia, digna de gran honor y veneración.

CAPÍTULO XXXVII.

69. Isaías, hijo de Amós, no del profeta Amós, sino de otro con el mismo nombre: aquel fue uno de los pastores de la aldea de Tecoa, pero este nació de noble linaje en Jerusalén; los hebreos dicen que fue suegro de Manasés. En él hubo tal excelencia de santidad y vida, que se dice que tuvo solo una túnica, y esta de cilicio, y que después, por el delito del pueblo, la dejó y cubrió su cuerpo con un saco.

70. Pero, al final, despojándose también de esto, por mandato del Señor, anduvo desnudo y descalzo entre la asamblea del pueblo, soportando así el calor del verano y las heladas del invierno y las tempestades de lluvia, para obedecer los preceptos de Dios y lamentar los delitos del pueblo.

71. Hizo retroceder la sombra que ascendía por quince grados. Por su oráculo, el rey Ezequías obtuvo la dilación de la muerte. Manasés lo cortó de arriba a abajo, y lo mató con un suplicio atroz.

72. Los hebreos dicen que Isaías fue asesinado por dos razones: una, porque los llamó príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra; otra, porque, aunque el Señor dijo a Moisés: No podrás ver mi rostro, él se atrevió a exclamar: Vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado; sin darse cuenta los judíos, cegados de mente, que en lo siguiente se narra que los serafines cubrieron el rostro y los pies de Dios, y el profeta solo vio su parte media. Está

enterrado bajo una encina de Ragel, junto a las corrientes de agua que el rey Ezequías de Judá expuso con una construcción de tierra.

CAPÍTULO XXXVIII.

73. Jeremías, nacido de la tribu sacerdotal, en el pueblo de Anatot, que está a tres millas de Jerusalén, sacerdote en Judea, consagrado profeta entre las naciones, conocido antes de ser formado, santificado antes de nacer, y advertido para que permaneciera virgen. Comenzó a predicar siendo joven, reprendiendo al pueblo por sus delitos, y exhortándolo frecuentemente al arrepentimiento, pero sufrió a menudo la crueldad de la plebe perversa, fue atado, encarcelado, arrojado a un pozo, encadenado, y finalmente lapidado por el pueblo en Tafnas, en Egipto.

74. Fue sepultado en el lugar donde habitó el faraón, rey de Egipto. Sin embargo, porque con sus oraciones ahuyentó a las serpientes de ese lugar, librando a los egipcios de la mordedura nociva de las víboras, estos lo veneran con gran respeto y honor, y su tumba es hasta hoy objeto de notable culto.

CAPÍTULO XXXIX.

75. Ezequiel, sacerdote, hijo de Buzi, nacido en la tierra de Sarira, llamado hijo del hombre en tipo de Cristo. Fue llevado cautivo a Babilonia con Joaquín, y profetizó a sus compañeros de cautiverio, reprendiendo sus ofensas, y movido por el celo de Dios, denunciando todos sus crímenes y abominaciones. Fue asesinado por el líder del pueblo de Israel, porque lo reprendía con severidad y autoridad pontifical por la impiedad del sacrilegio. Fue sepultado por el pueblo en el campo de Maurim, en la tumba de Sem y Arfaxad.

CAPÍTULO XL.

76. Daniel, de la tribu de Judá, nacido en Betheron superior, de noble linaje, príncipe de todos los caldeos, de estirpe real y floreciente nobleza patria. Bajo el rey Joaquín de Judá, después de la destrucción de Jerusalén, fue llevado a Babilonia siendo aún niño, junto con tres jóvenes, y se convirtió en príncipe de los caldeos, hombre glorioso, de aspecto hermoso, humilde de mente, casto de cuerpo, perfecto en fe, excelente en obra, supremo en virtud, claro en prodigios, terrible en señales, conocedor de los secretos celestiales, presciente de lo futuro, intérprete de visiones, defensor de la castidad; quien, con ayunos continuos y la insistencia en la oración, mereció conocer los sacramentos futuros.

77. Entre otros misterios de visiones, brilló con estos hechos de virtudes y señales. Al principio, reprendiendo la mentira de los ancianos malvados, reveló la castidad de una mujer; ayunó durante tres semanas por el pueblo; derribó el ídolo de Bel con argumentos de inspiración divina: el dragón, deidad de Babilonia, de la misma gente, lo rompió con una torta hecha de pez, grasa y pelos, por instinto de la mente divina, con increíble admiración; arrojado al foso, mitigó la furia de las fieras, y con ánimo fuerte, seguro, cenó entre los leones rugientes.

78. Darío, después de subvertir el imperio babilónico, lo llevó consigo con el máximo honor y lo trasladó a los medos. También se dice que dio señales en los montes sobre Babilonia, diciendo: Cuando los montes al norte humeen, el fin de Babilonia está cerca; cuando se vean arder en incendios, será el fin del mundo. Además, cuando el Tigris retroceda hacia el sur, será el regreso del pueblo a Jerusalén. Vivió hasta el tiempo del rey Darío de Persia, ciento diez años, y fue sepultado ya anciano en una cueva real, solo en el cautiverio con gloria.

CAPÍTULO XLI.

79. Oseas, de la tribu de Isacar, nacido en Belemot; dio una señal profética: Vendrá el Señor a su tierra, si la encina que está en Silo se divide en doce partes y produce otras tantas encinas. Fue sepultado en su tierra, donde descansó en paz.

CAPÍTULO XLII.

80. Joel, de la tribu de Rubén, nacido en el campo de Betheron, donde también murió en paz y fue sepultado.

CAPÍTULO XLIII.

81. Amós, pastor y rústico, arrancador de moras de los sicomoros, profeta no por linaje, sino por vocación de gracia. Fue del pueblo de Tecoa, que dista seis millas al sur de Belén. Más allá no hay habitante, solo la vasta extensión del desierto se extiende hasta el mar Rojo y los confines de los judíos, conocida solo por pastores y rebaños errantes.

82. De esta región pastoral fue Amós, uno de los pastores, a quien el Señor sacó de allí y envió al pueblo de Israel, ordenándole que fuera a Samaria y profetizara allí lo que estaba por venir, a quien Amasías, el rey, frecuentemente golpeó; finalmente, Ozías, su hijo, lo mató cruelmente atravesándole las sienes con una barra. Después, medio muerto, fue llevado a su tierra, y después de algunos días, exhaló su alma por el gran dolor de la herida, y fue sepultado con sus padres.

173 CAPÍTULO XLIV.

83. Abdías, de la tierra de Siquem, nacido en el campo de Betacaram. Fue el que, bajo el rey Ocozías de Samaria, alimentó a cien profetas. Fue el tercer capitán a quien Elías perdonó, quien, dejando el servicio del rey Ocozías, se convirtió en discípulo de Elías y profetizó. Murió de muerte natural y fue sepultado con sus padres en la ciudad de Sebastia, donde también descansan venerablemente el profeta Eliseo y Juan el Bautista.

CAPÍTULO XLV.

84. Jonás, paloma y doliente, hijo de Amitai, de Get, que está en Ofer, enviado a proclamar a las naciones, desobedeció al ser enviado, huyó al desobedecer, durmió al huir: por él la nave estaba en peligro, pero el capitán lo encontró escondido, el cetáceo lo devoró al ser arrojado, lo vomitó al orar; rechazado, predicó la destrucción.

85. Pero se entristeció por el arrepentimiento de la ciudad, y envidió la salvación de las naciones; se alegró bajo la sombra de una hiedra verde, y se lamentó cuando se secó repentinamente. Los hebreos dicen que fue el hijo de la viuda que Elías resucitó de entre los muertos. Su tumba se muestra en una aldea de Get, que está a dos millas de Séforis en el camino que lleva a Tiberíades.

CAPÍTULO XLVI.

86. Miqueas, de la tribu de Efraín, nacido en Morasti. Como reprendía frecuentemente a Acab por pecar, bajo Joram, su hijo, fue arrojado desde una gran altura y murió. Fue sepultado en su tierra cerca de Polyandrum, que está cerca de Naím.

174 CAPÍTULO XLVII.

87. Nahum, de la tribu de Simeón, nacido en Helcesi, más allá de Betharim, donde también murió, yace en su tumba.

CAPÍTULO XLVIII.

88. Habacuc, de la tribu de Simeón, nacido en el campo de Bethsacar; murió dos años antes del regreso de los hijos de Israel del cautiverio, en el campo de Sabarit, que está en Ceila.

CAPÍTULO XLIX.

89. Sofonías, de la tribu de Simeón, hijo de Cusí, nacido en el campo de Sarabat, de gloriosa estirpe de sus antepasados, profetizó, murió y fue sepultado en su campo.

CAPÍTULO L.

90. Ageo, nacido en Babilonia, llegó joven a Jerusalén, vio en parte la edificación del templo, y descansa gloriosamente sepultado junto a los monumentos de los sacerdotes.

CAPÍTULO LI.

91. Zacarías, de la región de los caldeos, muy anciano regresó a su tierra, donde murió y fue sepultado junto a Ageo, descansa en paz.

CAPÍTULO LII.

92. Malaquías, nacido después de la salida del pueblo, en Sofía; hombre justo y de aspecto hermoso, a quien los judíos llaman Malaquías, es decir, ángel del Señor, porque todo lo que predijo se confirmaba inmediatamente con la venida de un ángel del cielo. Murió muy joven y fue sepultado en su propio campo.

CAPÍTULO LIII.

93. Natán, profeta, de los gabaonitas, enseñó al rey David la ley de Dios, y manifestó el pecado que había cometido con Betsabé. También predijo que David no construiría el templo del Señor. Ungió a Salomón y lo consagró como príncipe. Murió anciano en su tierra y fue sepultado con dignidad.

CAPÍTULO LIV.

94. Ahías, el silonita, de la ciudad del sacerdote Elí, donde estaba el primer tabernáculo y el arca de Dios, predijo al rey Salomón que se desviaría de los mandamientos de Dios por las mujeres extranjeras, y no ocultó la división del pueblo en su descendencia. Murió y fue sepultado junto a una encina en Silo.

CAPÍTULO LV.

95. Addo nació en Samaria. Él es quien fue enviado a Jeroboam mientras sacrificaba un becerro, y en nombre del Señor lo reprendió por su sacrificio. Al regresar a su tierra, un león lo mató en el camino debido a su desobediencia, y fue sepultado en Betel junto al profeta que lo había engañado.

CAPÍTULO LVI.

96. Azarías nació en la tierra de Sabatha, y murió y fue sepultado en su propio campo.

CAPÍTULO LVII.

97. Zacarías, profeta y sacerdote, hijo del sacerdote Joiada, también conocido como Baraquías, fue asesinado por el pueblo reunido en el atrio de la casa del Señor, siguiendo la orden del rey Joás, al ser apedreado. Los sacerdotes lo sepultaron junto a su padre en Jerusalén.

CAPÍTULO LVIII.

98. Tobías, hijo de Ananiel, de la tribu de Neftalí, de la ciudad de Cibela en la región de Galilea, fue llevado cautivo por Salmanasar, rey de los asirios, a Nínive. Hombre de gran temor a Dios, magnífico en obras, glorioso en misericordia, y devoto en el cuidado de los entierros; mientras sepultaba a los muertos y alimentaba a los pobres, perdió la vista, pero después de la oscuridad, al abrirse sus ojos, mereció la luz de la claridad. Descansa sepultado en la ciudad de Nínive en paz.

CAPÍTULO LIX.

99. Tres jóvenes, ilustres por su linaje real, gloriosos en memoria, eruditos en conocimiento, iguales en fe, estables en devoción, incorruptos en cuerpo, sobrios en mente, jueces de provincias y príncipes de regiones, también recordando las leyes de sus padres, y no contaminados por los alimentos de los gentiles o sacrificados, vivieron de legumbres y verduras.

100. Con la fuerza de su virtud despreciaron la muerte, no adoraron el rito de los ídolos, vencieron al rey más cruel con la fuerza de su fe, apagaron los incendios del horno ardiente, y entre las horrendas llamas densas de oscuridad cantaron un himno con voces abiertas. Descansan en Babilonia, colocados juntos en una cueva, y sepultados con gran veneración.

CAPÍTULO LX.

101. Esdras, sacerdote de Dios, es llamado por muchos Malaquías, es decir, ángel de Dios. Fue escritor de la historia sagrada y otro legislador después de Moisés, pues después de la cautividad renovó la ley quemada por las naciones, y descubrió los elementos de las letras hebreas. Él trajo de regreso a Israel y mandó reconstruir Jerusalén. Murió y fue sepultado con sus padres en Jerusalén.

CAPÍTULO LXI.

102. Zorobabel y Nehemías, de la tribu de Judá, bajo el rey Darío construyeron el templo del Señor, levantaron los muros de Jerusalén, y devolvieron a Israel a su estado original, restaurando también el culto de la religión y el derecho de los sacerdotes y levitas. Ellos también descansan sepultados en Jerusalén.

CAPÍTULO LXII.

103. Ester, reina, hija del hermano de Mardoqueo, de la estirpe de Benjamín, fue llevada cautiva de Jerusalén a la ciudad de Susa, y unida en matrimonio al rey de Persia por su

aspecto, belleza y evidente excelencia de virginidad. Para liberar a su pueblo del peligro, se ofreció a la muerte, y persuadió al amigo del rey que aconsejaba mal contra el pueblo de Dios a ser colgado, liberando a su gente de la destrucción y rescatándola de la servidumbre. Descansa sepultada en Susa, ciudad de los medos, donde también reinó.

CAPÍTULO LXIII.

104. Judit, viuda, hija de Merari, de la tribu de Simeón, magnánima en gloria, superior a los hombres. Se ofreció a la muerte por la salvación de su pueblo, sin temer la furia del rey. Mató al príncipe mientras dormía, y con su pudor intacto, trajo a sus ciudadanos el triunfo de la victoria. Vivió ciento cinco años y fue sepultada en la cueva de su esposo Manasés en la ciudad de Betulia, que está en la tribu de Judá entre Dotaín y Balmon.

CAPÍTULO LXIV.

105. Los siete hermanos Macabeos, firmes en la fe, fuertes en la esperanza, observadores constantes de la ley divina, pacientes en los tormentos más amargos, fueron cruelmente asesinados por el rey Antíoco por la ley de Dios junto con su madre, y merecieron las coronas del martirio.

106. La historia narra plenamente los triunfos de los Macabeos contra la nación persa y otras naciones circunvecinas, y cómo fueron severamente castigados por la observancia de la ley.

DEL NUEVO TESTAMENTO.

LXV. Zacarías.

LXVI. Juan.

LXVII. María.

LXVIII. Simón Pedro.

LXIX. Pablo.

LXX. Andrés.

LXXI. Santiago Zebedeo.

LXXII. Juan.

LXXIII. Felipe.

LXXIV. Tomás.

LXXV. Bartolomé.

LXXVI. Mateo.

LXXVII. Santiago Alfeo.

LXXVIII. Judas Jacobo.

LXXIX. Matías.

LXXX. Simón el Zelote.

LXXXI. Los Doce Apóstoles.

LXXXII. Lucas Evangelista.

LXXXIII. Marcos Evangelista.

LXXXIV. Bernabé.

LXXXV. Timoteo.

LXXXVI. Tito.

CAPÍTULO LXV.

107. Zacarías y Elisabet, justos ante Dios, estériles en su juventud, fecundos en su vejez, descansan en Jerusalén.

CAPÍTULO LXVI.

108. Juan Bautista, hijo de Zacarías, de la tribu de Leví, nacido en Jerusalén, concebido por anuncio del ángel, precursor de Cristo, heraldo del Juez, profeta del Altísimo, voz del Verbo, amigo del Esposo, testigo del Señor, lámpara de la Luz, fin de los profetas, inicio del bautismo; quien fue anunciado quitó la voz a su padre, y al nacer liberó la función de la lengua; quien aún no nacido profetizó a Cristo, lo saludó en el vientre, lo reconoció en la paloma, lo mostró en el desierto.

109. Su vestimenta fue de pelo de camello, su morada el desierto, su alimento miel y langostas. Mientras prohibía a Herodes violar el matrimonio de su hermano, fue encarcelado. La hija del rey pidió su cabeza como premio de un baile, y él, ebrio, se la dio a su hija entre copas.

110. Fue sepultado en Sebaste, una ciudad de Palestina, que antes se llamaba Samaria; Herodes, rey de Judea, hijo de Antípatro, la llamó Augusta en honor a César Augusto.

CAPÍTULO LXVII.

111. María (que se interpreta como Señora o Iluminadora), ilustre descendencia de David, Vara de Jesé, Huerto cerrado, Fuente sellada, Madre del Señor, Templo de Dios, Santuario del Espíritu Santo, Virgen santa, Virgen fecunda, virgen antes del parto, virgen después del parto, recibió la salutación del ángel y reconoció el misterio de la concepción: investigó la calidad del parto, y contra la ley de la naturaleza no rechazó la fe de la obediencia, a quien el mismo Señor en la cruz, por la sangre del Testamento, encomendó al discípulo, para que la madre tuviera como compañero de vida a quien el hijo conocía como guardián de la integridad.

112. Algunos afirman que dejó esta vida por una cruel pasión de muerte, porque el justo Simeón, al abrazar a Cristo en sus brazos, profetizó a su madre diciendo: Y a ti misma una espada te atravesará el alma. Lo cual es incierto, si lo dijo por una espada material o por la palabra de Dios, más fuerte y más aguda que cualquier espada de dos filos. Sin embargo, ninguna historia enseña específicamente que María fue muerta por una espada, ya que en

ninguna parte se lee sobre su muerte. Aunque se dice que su sepulcro se encuentra, según algunos, en el valle de Josafat.

CAPÍTULO LXVIII.

113. Simón Pedro, hijo de Juan, hermano de Andrés, nacido en el pueblo de Betsaida, provincia de Galilea, que está junto al lago de Genesaret, cuyo primer nombre Bar-Jona, es la generación directa de la ley. Pedro es el fundamento de la Iglesia en Cristo. Cefas es el principado y cabeza del cuerpo de Cristo. Simón de Juan es la regeneración incorrupta de la virginidad.

114. Aunque es considerado tercero según Juan, es elegido primero según Mateo: y no sin razón, porque es el príncipe de los apóstoles. Y el primer confesor del Hijo de Dios, y discípulo, y pastor del rebaño humano, Roca de la Iglesia, portador de las llaves del reino, amante del Señor, y también negador: alabado por confesar, elevado por presumir, caído por negar, purificado por llorar, probado por confesar, coronado por sufrir, a quien se le da el nombre por su obra, se le impone el título por el mérito del poder.

115. Predicó el Evangelio en Galacia, Ponto, Capadocia, Bitinia, Asia e Italia, y brilló con las señales de estas virtudes. Caminó sobre el mar agitado con paso firme, resucitó a los muertos con su sombra al pasar, devolvió a los cojos su función original, restauró los miembros flácidos de los paralíticos a su estado propio.

116. Entre estas cosas, resucitó a una viuda muerta. Condenó a Ananías y Safira, culpables de perfidia, a la muerte. También derribó a Simón, que ascendía al cielo con artes mágicas, a la tierra. Después de fundar la Iglesia de Antioquía, bajo el emperador Claudio, se dirigió a Roma contra el mismo Simón el Mago, y allí predicando el Evangelio durante veinticinco años, mantuvo el pontificado de esa ciudad.

117. En el año treinta y seis después de la pasión del Señor, fue crucificado boca abajo en la ciudad de Roma por orden de Nerón, como él mismo quiso. Así, después de su mérito apostólico, también fue coronado con el martirio. Sepultado en Roma en el Vaticano, junto a la vía Triunfal, a tres millas de la ciudad, hacia el este.

CAPÍTULO LXIX.

118. Pablo, antes llamado Saulo, apóstol de los gentiles, abogado de los judíos, llamado por Cristo desde el cielo, derribado a tierra, quien cayó con vista, se levantó ciego, de perseguidor se convirtió en vaso de elección, de lobo en oveja, último en vocación entre los apóstoles, primero en predicación. Discípulo en la ley de Gamaliel, siervo en el Evangelio de Cristo. Su patria fue Tarso, de la tribu de Benjamín.

119. Fue bautizado en el segundo año después de la Ascensión del Señor, mereció la dignidad del apostolado, y trabajando más que todos, sembró la gracia de la palabra mucho más ampliamente entre los demás, y llenó con su predicación la doctrina evangélica.

120. Comenzando desde Jerusalén, llegó hasta Ilírico, Italia y España, y manifestó el nombre de Cristo a las naciones de muchas gentes, a quienes antes no había sido declarado, cuyos milagros se conocen como estos.

121. Fue arrebatado al tercer cielo, sumergido en el abismo del mar día y noche, condenó al espíritu de Pitón seductor con una orden de partida, devolvió el espíritu vital a un joven

muerto, cegó a un mago, restauró el andar propio a un cojo; tampoco sintió ni temió la mordedura de una serpiente mortal, sino que la arrojó al fuego para que ardiera, también sanó al padre de Publio de fiebres orando.

122. Por amor a Cristo soportó muchas pasiones y tormentos graves del cuerpo. En primer lugar, las persecuciones judías, y las miserias de las naciones, y el trabajo, el hambre, la sed, el frío, y la desnudez, los naufragios, y mil peligros, la rabia de las fieras, los azotes, las tinieblas carcelarias, y los tormentos de las cadenas, la suciedad, y los grilletes.

123. Entre estas cosas, fue atado por los judíos, entregado a las naciones, apedreado hasta la muerte, bajado en una cesta por el muro, azotado con varas, atormentado con penas, encarcelado y liberado por un terremoto, finalmente decapitado por Nerón el mismo día que Pedro fue crucificado. Así debía ser que aquellos que confesaron juntos fueran coronados en un solo día. Sepultado en Roma en la vía Ostiense, en el año treinta y seis después de la pasión del Señor, a tres millas de la ciudad, hacia el oeste.

CAPÍTULO LXX.

124. Andrés, que se interpreta como decoroso, hermano de Pedro, primero según Juan, segundo después del primero según Mateo. Recibió en suerte de predicación Escitia y Acaya, donde también en la ciudad de Patras fue crucificado.

CAPÍTULO LXXI.

125. Santiago, hijo de Zebedeo, hermano de Juan, cuarto en orden, escribió a las doce tribus que están en la dispersión de las naciones, y predicó el Evangelio a España y a las naciones de los lugares occidentales, e infundió la luz de la predicación en el ocaso del mundo. Fue decapitado por Herodes el tetrarca. Sepultado en Marmárica.

CAPÍTULO LXXII.

126. Juan, apóstol y evangelista, hijo de Zebedeo, hermano de Santiago, virgen elegido por el Señor, y más amado entre los demás, quien recostándose sobre el pecho del Maestro, bebió las fuentes del Evangelio del mismo sagrado pecho del Señor, y como uno de los ríos del paraíso, difundió la gracia de la palabra de Dios por todo el orbe. Y sucedió en lugar de Cristo, por mandato de Cristo, cuando el discípulo recibió a la madre del Maestro, también él mismo fue de alguna manera dejado como otro hijo por Cristo.

127. Mientras predicaba el Evangelio de Cristo en Asia, fue desterrado por el emperador Domiciano a la isla de Patmos, donde también escribió el Apocalipsis. Después de que Domiciano fue asesinado por el senado, fue liberado del exilio y regresó a Éfeso, donde, para refutar las astucias de los herejes, a petición de los obispos de Asia, publicó el Evangelio como el último.

128. Entre otras virtudes, estos fueron sus grandes signos. Transformó en oro las ramas silvestres de los árboles y las piedras de la orilla en gemas. También restauró los fragmentos de gemas a su naturaleza propia, resucitó a una viuda a petición del pueblo, y restauró el cuerpo de un joven revivido con el alma devuelta. Bebiendo un trago letal, no solo evitó el peligro, sino que restauró a los caídos por el mismo veneno al estado de vida.

129. En el año sesenta y siete después de la pasión del Señor Salvador, bajo el emperador Trajano, ya cansado por la larga vejez, cuando sintió que se acercaba el día de su partida, se

dice que ordenó cavar su sepulcro, y después de despedirse de los hermanos, hizo una oración y entró vivo en la tumba, luego descansó en ella como en un lecho.

130. Por eso algunos afirman que está vivo, y no muerto en el sepulcro, sino que yace dormido, especialmente porque allí la tierra brota suavemente desde el fondo hasta la superficie del sepulcro, y como si fuera el aliento del que descansa, el polvo burbujea de abajo hacia arriba. Descansó en Éfeso el sexto día antes de las calendas de enero.

CAPÍTULO LXXIII.

131. Felipe, de la ciudad de Betsaida, de donde también Pedro, predica a Cristo a los galos, y conduce a las bárbaras naciones, vecinas a las tinieblas y unidas al océano hinchado, a la luz del conocimiento y al puerto de la fe. Luego, en Hierápolis, ciudad de la provincia de Frigia, fue crucificado y lapidado, y sepultado con su cuerpo recto, descansa allí junto con sus hijas.

CAPÍTULO LXXIV.

132. Tomás, apóstol de Cristo, llamado Dídimo, y según la lengua latina gemelo de Cristo, y semejante al Salvador, incrédulo al oír, fiel al ver. Predicó el Evangelio a los partos, medos, persas, hircanos, bactrianos, e indios que habitan la región oriental, penetrando en el interior de las naciones, y llevando su predicación hasta el título de su pasión; pues fue atravesado por lanzas en la ciudad de Calamina en la India, donde también fue sepultado con honor.

CAPÍTULO LXXV.

133. Bartolomé, apóstol, cuyo nombre proviene de la lengua siria, recibió en suerte de predicación Licaonia, y tradujo el Evangelio según Mateo a la lengua de los indios. Finalmente, en la ciudad de Albano de la Gran Armenia, fue desollado vivo por las crueles gentes bárbaras, y así fue enterrado en la tierra.

CAPÍTULO LXXVI.

134. Mateo, apóstol y evangelista, quien también tomó el nombre de Leví de su tribu, elegido por Cristo de publicano, trasladado de pecador. Primero evangelizó en Judea, luego predicó en Macedonia, y descansa en las montañas de los partos.

CAPÍTULO LXXVII.

135. Santiago, hijo de Alfeo, primer obispo de Jerusalén, llamado el Justo, hijo de la hermana de la madre del Señor, por lo que también es llamado hermano del Señor, hombre de luz y obrero de la verdad, de tal santidad que el pueblo deseaba tocar el borde de su vestimenta.

136. Mientras predicaba a Cristo, el Hijo de Dios, en Jerusalén, fue arrojado desde el templo por los judíos, y oprimido por piedras, y allí fue sepultado junto al templo. José dice que fue de tal santidad y veneración en Judea, que se cree que Jerusalén fue destruida por su asesinato.

CAPÍTULO LXXVIII.

137. Judas, hermano de Santiago, evangelizando en Mesopotamia y en el interior del Ponto, amansó con su doctrina a las gentes feroces e indomables, como si fueran naturalezas de bestias, y las sometió a la fe del Señor, y fue sepultado en la ciudad de Berytus en Armenia.

CAPÍTULO LXXIX.

138. Matías, uno de los setenta discípulos, y elegido por sorteo entre los doce apóstoles en lugar de Judas Iscariote, fue elegido sin sobrenombre. A él se le dio la predicación del Evangelio en Judea.

CAPÍTULO LXXX.

139. Simón el Zelote, que antes fue llamado Cananeo, ferviente en el celo del Señor, igual en sobrenombre a Pedro, y semejante en honor, recibió el principado de Egipto, y después de Santiago el Justo ocupó la cátedra de Jerusalén. Después de ciento veinte años, mereció sufrir la pasión del martirio bajo Trajano por la cruz. Descansa en el Bósforo.

CAPÍTULO LXXXI.

140. Estos fueron los discípulos de Cristo, predicadores de la fe, y doctores de las naciones, quienes aunque todos son uno, cada uno de ellos recibió su propia suerte y lugar en el mundo para predicar.

141. Pedro recibió Roma, Andrés Acaya, Santiago España, Juan Asia, Tomás India, Mateo Macedonia, Felipe Galia, Bartolomé Licaonia, Simón el Zelote Egipto, Matías Judea, Santiago el hermano del Señor Jerusalén, Judas el hermano de Santiago Mesopotamia.

142. A Pablo, sin embargo, no se le asignó ninguna suerte propia con los demás apóstoles, porque fue elegido maestro y predicador de todas las naciones. Pues así como a Pedro y a los demás se les dio el apostolado de la circuncisión, así a Pablo el de la incircuncisión entre las naciones. Él evangelizó a siete iglesias y a tres discípulos.

CAPÍTULO LXXXII.

143. Lucas, de Antioquía, evangelista y escritor de la historia apostólica, de nación siria, médico de profesión, erudito en elocuencia griega, a quien muchos dicen que fue prosélito, y que desconocía las letras hebreas. Sin embargo, fue discípulo de Pablo y compañero inseparable de su peregrinación.

144. Desde su infancia fue castísimo, y ejerció la obra de la predicación evangélica. Murió en el año setenta y cuatro de su vida. Sepultado en Bitinia, cuyos huesos fueron trasladados a Constantinopla durante el reinado de Constantino.

CAPÍTULO LXXXIII.

145. Marcos, evangelista, discípulo de Pedro, y su hijo en el bautismo. Algunos dicen que su Evangelio fue dictado por Pedro en Roma. Se dice que se cortó el pulgar para no ser promovido al sacerdocio.

146. Fue el primero en ocupar la cátedra de Alejandría, y el primero en fundar las iglesias de los egipcios, floreciendo en tales virtudes de doctrina y continencia, que todos los discípulos de Cristo siguieron su ejemplo. Murió en el octavo año de Nerón en Alejandría, sepultado en tranquila paz.

CAPÍTULO LXXXIV.

147. Bernabé, también llamado José, de la ciudad de Chipre, fundada por el rey Ciro de Persia, obtuvo el apostolado con Pablo entre las naciones, luego separado de Pablo por causa de Juan, su discípulo, también llamado Marcos, ejerció no obstante la obra de la predicación evangélica que se le había encomendado.

CAPÍTULO LXXXV.

148. Timoteo, obispo de los efesios, de la ciudad de Listra, de padre griego, es decir, gentil, y madre judía, como refiere el Apóstol diciendo: Porque habitó la fe en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro de que también en ti.

149. Fue discípulo de Pablo, y su hijo espiritual, a quien Pablo tomó consigo desde joven. Permaneció casto y virgen, y descansa sepultado con gran honor en el monte llamado Phion en Éfeso.

CAPÍTULO LXXXVI.

150. Tito, discípulo de Pablo, y su hijo en el bautismo, de nación griega, el único de las naciones circuncidado por el apóstol Pablo después del Evangelio, a quien el Apóstol dejó para instruir las iglesias de Creta. Allí murió en paz y fue sepultado.